

Los amigos y servidores de la reina madre fueron castigados: la duquesa de Elboeuf y la esposa del condestable Lesdiguières habían sido relegadas á sus casas, la princesa de Conti desterrada á Eu y su amigo Bassompierre encerrado en la Bastilla. También fué encarcelado el médico Vautier, y el P. Suffren, que se compadecía de María de Médicis, dejó de ser confesor del rey. El guardasellos Marillac estaba en el destierro; su hermano, el mariscal, considerado como más criminal porque mandaba un ejército y podía llegar á ser peligroso, había sido arrestado en 21 de noviembre de 1630 en el campamento de Folizzo y hubo de comparecer ante una Sala reunida en Verdún. Al disolverse ésta, fué encerrado en el castillo de Pontoise, para ser al fin juzgado y condenado á muerte en la misma casa de Richelieu, en Rueil (8 de mayo de 1632).

IV.—Las fugas del heredero presunto al extranjero

La jornada de los Burlados tuvo una lejana repercusión. En Provenza, región de Estados en donde la substitución de los agentes de la provincia por los agentes del rey para la percepción de los impuestos había promovido graves disturbios (1630), el gobernador, duque de Guisa, se había mantenido quieto. No le disgustaba crear dificultades á Richelieu que usurpaba su cargo de almirante del Levante y no se lo quería rescatar al precio que él fijaba. Adepto de corazón del partido de las reinas, é informado de la enfermedad del rey y de la promesa de éste de despedir á Richelieu, esperaba la desgracia del superintendente general de la navegación, cuando supo el resultado de la jornada de los Burlados. Richelieu, desembarazado de la reina madre, envió á Provenza al príncipe de Condé con un ejército (febrero de 1631). Guisa, invitado á presentarse en la corte, pidió una licencia de tres meses para realizar una peregrinación á Loreto, y embarcándose en Marsella, en 6 de agosto de 1631, no volvió más.

También en el Langüedoc la amenaza del establecimiento de los «Elegidos» originó la oposición de los Estados y del parlamento de Tolosa. El gobernador de la provincia, Enrique de Montmorency, apoyaba aparentemente los designios de la corte y secretamente se concertaba con Gastón de Orleans, refugiado en los Países Bajos, que le ofrecía reunirse con él al frente de un ejército. Impulsábale á obrar así su esposa, María Felicia de los Ursinos, pariente lejana de María de Médicis y muy resentida por la desgracia de ésta; pero él también, por su parte, estaba descontento de Richelieu.

Enrique de Montmorency habíase distinguido por su valor en Italia, y cuando Luis XIII estuvo en Lyon á las puertas de la muerte, había ofrecido á Richelieu un asilo en su gobierno, á pesar de lo cual ni había sido promovido, como esperaba, á mariscal general de campo, es decir, en otras palabras, á condestable, ni siquiera había conseguido que fuese nombrado para el gobierno de Sommieres (en su propio gobierno) el candidato por él propuesto.

Tenía en Langüedoc un gran partido, pues si bien las más ilustres antiguas familias feudales, como los Crussol, los Levis y los Polignac, seguían las inspiraciones de la corte, las menos importantes vivían en la

provincia y constituían á los Montmorency, que allí mandaban desde hacía un siglo, una clientela de amigos, de fieles, en el sentido feudal del vocablo. El alto clero, omnipotente en los Estados, se reclutaba entre la nobleza del país y tenía las mismas inclinaciones de ésta, y algunos obispos, como De Elbene y Bonzi, eran italianos y adictos á María de Médicis.

Montmorency confiaba en que las exigencias del gobierno acabarían por sublevar la provincia; mas no tuvo tiempo de esperar, pues al saber que Gastón había pasado la frontera en 11 de junio de 1632 y se dirigía hacia el Loira, perseguido por dos ejércitos reales mandados por La Force y Schomberg, comprendió que, no estando, como no estaba, dispuesto, no le quedaba más remedio que arrastrar al Langüedoc en aquel movimiento sedicioso. Los Estados unieron su causa á la de él, pero la provincia no se movió, y el parlamento de Tolosa, que había apoyado á los Estados en su resistencia legal, se declaró contrario á la rebelión.

Montmorency veía de antemano perdida la partida y en unión del hermano del rey se dirigió á Castelnaudary para apoderarse de esta plaza; mas se le adelantó Schomberg, quien, con fuerzas inferiores, se atrincheró en un campamento cerrado por fosos y caminos hondos y le atajó el paso (1.º de septiembre de 1632). Fué aquello una escaramuza más que una batalla; Montmorency, que parecía buscar la muerte, franqueó con algunos compañeros un foso que le separaba de los soldados del rey, rompió «seis filas de éstos y mató algunos hombres en la séptima,» recibiendo unas diez heridas y cayendo prisionero.

Conducido al castillo de Lectoure y desde allí á Tolosa, fué juzgado por el Parlamento y condenado á muerte por jueces que se compadecían de su desgracia. Valientemente, sin exhalar una queja, puso la cabeza en el tajo (30 de octubre de 1632).

Gastón, atendiendo á su salvación propia, había consentido en Beziers (1), en 1.º de octubre, que el rey hiciera «sufrir el castigo que merecen» á «los que se unieron á él (Gastón) para negociar á sus costas y á las de Francia;» mas apenas tuvo noticia de la ejecución de Montmorency, salió de Tours (6 de noviembre) y se marchó á Bruselas.

Razón tenía de temer. Cuando su última fuga, después de la jornada de los Burlados, habíase casado secretamente, al pasar por Lorena, con Margarita, hermana del duque reinante (3 de enero de 1632). Luis XIII, que le había perseguido sin poder darle alcance, impuso á Carlos IV un tratado oneroso (Vic, 6 de enero) en castigo de haber acogido al fugitivo. El rey nada supo entonces de aquel matrimonio, pero durante el proceso de Montmorency, la noticia se hizo pública, y el favorito de Gastón, Puylaurens, á fin de no tener que dar cuenta de una unión que él había aconsejado, atemorizó á su señor con la cólera de su hermano y le decidió una vez más á irse al extranjero, en donde permanecieron cerca de dos años.

Richelieu, que no quería admitir que el heredero presunto de la corona pudiera casarse sin el consentimiento del rey, hizo que un ejército penetrase en Lore-

(1) *Lettres et correspondance de Richelieu*, IV, pág. 375 y la nota 2 de la pág. 372.

na y trató de proporcionarse por la fuerza los documentos necesarios para probar el carácter clandestino del matrimonio y procesó á Carlos IV ante el parlamento de París por raptó del presunto heredero (2 de enero de 1634). El procurador general, en apoyo de la acusación, expuso que estas dos cualidades (de hermano mayor y de soberano) en una familia real compiten sin dificultad en poder con la de padre y de tutor en las familias particulares, en las cuales, si falta el consentimiento del uno ó del otro, tenéis costumbre, señores, de seguir el rigor de la ordenanza y fallar que hay raptó y, en consecuencia, declarar el matrimonio contraído sin validez...» En la sesión solemne que presidió Luis XIII en 21 de enero, el cardenal declaró que el matrimonio de Monsieur no sería «jamás consentido ni aprobado por el rey (1).»

Las personas que estaban al lado de Gastón suspiraban por su regreso á Francia. La infanta Clara Isabel Eugenia, esa *media francesa* (2) como á sí misma se llamaba y que tenía para el hermano del rey atenciones de «hermana y de madre,» había muerto en 1.º de diciembre de 1633. Los grandes señores y el pueblo de los Países Bajos se mostraban descontentos de volver á caer bajo la dominación directa de España, y los desterrados temían, en caso de una sublevación, ser transportados por el gobierno de los Países Bajos á España ó verse á merced del populacho, «capaz, dice uno de ellos (3 de mayo de 1634), de entregarnos atados de pies y manos al rey y al cardenal de Richelieu (3).» Entre Gastón y María de Médicis, que se había reunido con él en el destierro, ya no reinaba la armonía de antes; Puylaurens, favorito del uno, y el P. Chanteloube, director de la otra, eran enemigos declarados, y el primero, que estuvo á punto de ser muerto de un tiro de mosquete (disparado no se sabe por quién), no pensó más que en partir y logró convencer á su señor. Gastón negoció secretamente su reconciliación con el rey y el día 8 de octubre huyó de Bruselas, siendo muy bien recibido por su hermano, que le aumentó las pensiones.

Richelieu, que sabía que Gastón era esclavo de sus servidores, pensó en atraerse á Puylaurens, casándole con una de sus sobrinas (28 de noviembre). Su plan consistía en servirse del favorito, creado duque y par, para conseguir que Gastón se «descasara;» mas cuando se hubo convencido de que aquél carecía de voluntad ó de influencia para lograr esto, mandó que lo arrestaran (14 de febrero) y lo encerraran en el torreón de Vincennes, en donde murió pocos meses después (1.º de julio de 1635).

El cardenal vigiló la servidumbre del hermano del rey y no toleró que hubiera en ella más que personas á su devoción; encerró en la Bastilla á La Riviere, un nuevo favorito que, sin consultarle, había pedido y obtenido de Gastón el cargo de limosnero mayor (marzo de 1636); y cuando Gastón despidió á De Elbene, de quien no se fiaba á causa de sus relaciones con la corte, le escribió: «...Vuestra Alteza no encontrará extra-

(1) *Mémoires de Omer Talon* (avocat général au Parlement), Michaud y Poujolot, 3.ª serie, VI, pág. 24.

(2) Era hija de Felipe II y de Isabel de Valois y, por consiguiente, nieta de Enrique IV y de Catalina de Médicis.

(3) Nicolás Goulas, *Mémoires*, I, pág. 238.

ño que le diga francamente que merece por esto una buena reprimenda» (30 de marzo de 1636) (4). El ministro pretendía gobernar la familia real de un modo tan absoluto como gobernaba el Estado.

CAPÍTULO V

GUERRA ENCUBIERTA Y NEGOCIACIONES (1630-1635) (5)

I. Programa y política exterior (1629). — II. El emperador y el Imperio. — III. Holanda y Suecia. — IV. Francia en la Dieta de Ratisbona. — V. Acción paralela de Francia y de Suecia. — VI. Alianzas de Francia en Alemania. — VII. Declaración de guerra á España.

I.—Programa de política exterior

Hasta la jornada de los Burlados, Richelieu se había visto obligado á contar, aun en su política exterior, con una camarilla que María de Médicis apoyaba. Ahora era el amo y, salvo contraorden de Luis XIII, podía libremente ejecutar el programa que, en 13 de

(4) La frase es dura, y sólo está algo suavizada por el tono alegre de la carta. *Lettres et Correspondance de Richelieu*, V, pág. 437.

(5) FUENTES: Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du Cardinal Duc de Richelieu*, 1660, I y adiciones del tomo II. *Lettres du cardinal de Richelieu*, III-V. *Mémoires de Richelieu*, Mich. y Pouj., VII y VIII. *Testament politique*, 1764, 1.ª parte. *Mercurio francés*, XIV-XX. Federico Leonard, *Recueil des Traités de Paix, de Trêve, de Neutralité*, 1693, III, IV y V, 1693; Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 2.ª parte, y VI, 1.ª parte. Carlos Bernard, *Histoire du Roy Louis XIII*, 1646. (Claudio Malin-gre), *Histoire générale des guerres et mouvements arrivés en divers estats du monde sous le règne auguste de Louys XIII roy de France et de Navarre*, 1647, III. *Lettres et negociations du marquis de Feuquières ambassadeur extraordinaire du roi en Allemagne en 1633 et 1634*, I y II, 1753. *Mémoires de Nicolas Goulas, gentilhomme ordinaire de la chambre du duc d'Orleans*, I, «S. H. F.» Victor Siri, *Memorie reconditte*, 1679, VII y VIII.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, III y IV. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII roi de France et de Navarre*, 1758, I y II, y los documentos publicados en apéndice en el tomo III. Leopoldo de Ranke, *Fränkische Geschichte, vornehmlich im sechzehnten und siebzehnten Jahrhundert*, tomo I de las Obras completas, Leipzig, 1876. Véase el tomo III de la traducción francesa hecha por Porchat, 1856. D'Haussonville, *Histoire de la réunion de la Lorraine à la France*, I y II, 2.ª edición; 1860. Victor Cousin, *Madame de Chevreuse*, 2.ª edición, 1862. A. Waddington, *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas espagnols*, I (1630-1642), 1895. G. Fagniez, *Le P. Joseph et Richelieu*, I y II, 1894. Federico von Hurter, *Geschichte Kaiser Ferdinands II*, tomo III. Schaffhouse, 1861. Dr. Guillermo Schreiber, *Maximilian I der Katholische, Kurfürst von Bayern*, 1868. K. Lorenz, *Die politische Parteibildung in Deutschland bei Beginn des Dreissigjährigen Krieges im Spiegel der Konfessionellen Polemik*, Munich, 1903. Gregorovius, *Urban VIII im Widerspruch zu Spanien und dem Kaiser*, 1879. Domingo Carutti, *Storia della diplomazia della corte di Savoia*, II, 1876. Ricotti, *Storia della monarchia piemontese*, V, 1869. Schäfer, *Geschichte von Dänemark* (Coll. Heeren, Ukert, Lamprecht, «Geschichte der europäischen Staaten»), V (1559-1648), 1903. Gfrörer, *Geschichte Gustav Adolfs*, 1863. Droysen, *Gustav Adolf*, Leipzig, I y II, 1869-1870. A. Küsel, *Der Heilbronner Convent*, 1878. Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente ans*, II, 1878. L. de Ranke, *Geschichte Wallensteins*, tomo XXIII de las Obras completas, Leipzig, 1880. C. Pfister, *Les Mémoires du comte de Brassac gouverneur de Nancy*, 1633-1635, 1898. Fernando Des Roberts, *Campagnes de Charles IV, duc de Lorraine et de Bar, en Allemagne, en Lorraine et en Franche-Comté* (1634-1638), 1883. B. Röse, *Herzog Bernhard der Grosse von Sachsen-Weimar*, I, 1828.

enero de 1629, había expuesto delante del rey y de la reina madre. El objetivo de la acción francesa había de ser «un propósito perpetuo de contener la marcha del progreso de España,» y su única ambición, contrastando con el espíritu invasor «de aquella nación,» «edificar y abrirse puertas para entrar en todos los Estados de sus vecinos y poderlos preservar de la opresión española cuando se presentaran ocasiones para ello.» «A este efecto,» era preciso ante todo «hacerse poderoso en el mar, que da entrada á todos los Estados del mundo;» después, «pensar en fortificarse en Metz y avanzar hasta Estrasburgo, si era posible, para adquirir una entrada en Alemania...; construir una gran ciudadela en Versoix (1) para alcanzar importancia á los ojos de los suizos, tener allí una puerta abierta y poner á Ginebra en estado de ser una de las afueras de Francia;» acaso también, «adquirir del señor de Longueville la soberanía de Neufchatel» (en Suiza); conservar más cuidadosamente que la de todos los otros extranjeros la alianza de los suizos, «así porque separan á Alemania de Italia como porque, haciendo como ellos hacen de la guerra una profesión, no es poco conseguirlos y privar de ellos á los enemigos;» «recobrar el marquesado de Saluces, ya por medio de un convenio con el duque de Saboya, ya por conquista; y mantener treinta galeras en el Mediterráneo.» Y Richelieu añadía: «Que podría pensarse también en la Navarra y en el Franco Condado, como propiedades nuestras, puesto que estaban contiguos á Francia y eran fáciles de conquistar, todas y cuantas veces no tuviéramos otra cosa que hacer; pero que no se hablaba de ello, tanto más cuanto que sería imprudente pensar en tal cosa si en primer lugar no se había logrado lo antes dicho y porque, además, no se podía hacer sin encender una guerra abierta con España, lo que había que evitar mientras se pudiese.»

Richelieu no indicaba entre las futuras conquistas posibles la de las provincias de los Países Bajos, que un siglo antes dependían aún de la corona de Francia, probablemente para no alarmar á Inglaterra y á Holanda. Su política, en 1629, es prudente y quiere parecer desinteresada, y anuncia más que el proyecto de anexionar territorios el de aniquilar el poderío español en Europa y encargarse del patronato y de la defensa de los demás Estados contra España.

Tampoco se habla en este programa del emperador, cuyo nombre ni siquiera se pronuncia. Richelieu aparenta creer que, sin los Habsburgo de Madrid, estaría en las más cordiales relaciones con los Habsburgo de Viena; es una ficción diplomática que se complació en sostener durante mucho tiempo. Sin embargo, desde el momento en que guarda silencio sobre la conquista de los Países Bajos y aplaza la del Franco Condado, sus propósitos de 1629 resultan más amenazadores para Fernando II que para Felipe IV.

Francia, establecida en Estrasburgo, sobre el Rin, cerraría sin duda alguna las comunicaciones entre el Milanesado y los Países Bajos y perjudicaría con ello los intereses comunes de la casa de Austria; pero si se acantonaba en Alsacia y aislaba la Lorena, ¿no perju-

(1) Aldea del actual cantón de Ginebra, cerca de Coppet, en el lago de Ginebra, y que había sido cedida á Francia, por el tratado de Lyon, junto con el baillío de Gex.

dicaría aun más al emperador, protector de los derechos del Imperio, señor de la Lorena y de la Alsacia, y, lo que es más, copropietario ó propietario en expectativa de los dominios austriacos de Alsacia? Luis XIII y Fernando II tenían en aquella frontera un litigio viejo y varios nuevos; y no era únicamente por odio al poderío español por lo que Richelieu iba á intervenir tan activamente en los asuntos de Alemania.

Enrique II, aliado de los protestantes en Alemania, se había instalado en 1552, á instancias de ellos, en Metz, Toul y Verdún, ciudades imperiales que no eran de lengua germánica, y sus sucesores las habían conservado sin cesión formal. Como el Concordato de 1516 no era aplicable á los Tres Obispos, los obispos, bastante independientes del rey, que no los nombraba, estaban tentados á recurrir al emperador, soberano de derecho, para que resolviese sus contiendas con el soberano de hecho. Elegidos las más de las veces por los cabildos entre los príncipes loreneses, favorecían á su familia que, en Verdún por ejemplo, conservaba el obispado desde 1508 «gracias á las resignaciones continuas de uno á otro» de sus miembros. Cuando Richelieu había querido terminar la ciudadela de Verdún, proyectada en 1585, el obispo, Francisco de Lorena, pretextando que las fortificaciones arruinaban muchas casas y lugares dependientes de la Iglesia, amenazó con la excomunión á los que en la ciudadela trabajaban, y mandó fijar este monitorio en la puerta de la iglesia mayor (31 de diciembre de 1627). El sustituto del procurador del rey en Verdún hizo arrancar el monitorio y el obispo le excomulgó; entonces Charpentier, presidente en nombre del rey de los tres Obispos, ordenó «que el monitorio y la excomunión fuesen rasgados y quemados en la plaza pública de Verdún y el obispo conducido á París, bien custodiado» (3 de febrero de 1627). Francisco de Lorena se retiró á Nancy y de allí á Alemania en donde consiguió interesar en pro de su causa al emperador.

Fernando II, después de haber escrito, sin ningún resultado, en favor suyo (15 de enero de 1628), envió tropas á Alsacia; y mientras los españoles se alzaron en armas en el Luxemburgo, los imperiales ocuparon Vic y Moyenvic, en Lorena. Luis XIII pudo temer por un momento que aquellas atacasen á Francia (febrero de 1630), y ante este temor, concentró un ejército en la frontera de Champaña.

Pero aun había otra cuestión lorenesa. Carlos IV, á su advenimiento, había querido reunir la Lorena, feudo masculino dependiente del Imperio, al ducado de Bar, feudo femenino, dependiente de la corona de Francia y que pertenecía en propiedad á su esposa Nicolasa, hija del difunto duque de Lorena, Enrique II, fallecido en 1624. En un principio, Luis XIII se había concretado á no aprobar la alteración de aquella dependencia feudal, pero cuando el Duque, irritado de que Lebret, intendente de Metz, tratara ciertas tierras como dependencias de los Tres Obispos, hubo entrado en los complots de Chalais y en las intrigas de Buckingham, Richelieu le preguntó con qué derecho se había apoderado del Barrois y mandó detener en sus territorios al agente de Inglaterra, Montagne, Carlos IV, usando de represalias, había dado asilo á Gastón de Orleans cuando éste salió de Francia (1629).

Formando la Lorena parte del Sagrado Imperio, el Emperador se hallaba obligado á protegerla; pero además estaba altamente interesado en ello, porque si Francia se hacía dueña de la Lorena, ¿no le sería fácil intervenir en Alemania?

II.—El emperador y el Imperio

En 1629, Fernando II era omnipotente. Después de haber vencido al Elector palatino, había derrotado al rey de Dinamarca, Cristián IV, obligándole á abandonar á los príncipes protestantes de Alemania, sus aliados. Richelieu, después de su advenimiento al poder, había estado sobradamente ocupado y se había encontrado demasiado escaso de recursos para socorrer á Mansfeld ó al monarca dinamarqués.

El emperador, que contaba con el apoyo de los tres Electores eclesiásticos, de Baviera y de la Liga Católica, no tenía en contra suya á todos los protestantes de Alemania, pues los dos grandes Estados luteranos del Este habían permanecido neutrales y aun se habían declarado contra sus enemigos.

El Elector de Brandeburgo Jorge Guillermo (1619-1640), cuñado del Elector palatino, mostrábase indeciso por carácter y por necesidad; sus Estados estaban dispersos, desde el Mosa al Niemen, en tres grupos, el Renano, entre el Rin y el Weser, las Marcas de Brandeburgo y la Prusia ducal, lo que hacía que fuese más vulnerable, pues el ducado de Cléveris, los condados de La Marca y de Ravensberg y el señorío de Ravenstein que el tratado de Xanten (1614) le había asegurado provisionalmente, estaban al alcance de los Países Bajos españoles; y su ducado de Prusia dependía de Polonia, en donde reinaba Segismundo III, cuñado de Fernando II. El Elector, para asegurar sus Estados, pasaba de una alianza á otra y «se hacía esclavo de cualquiera.»

El Elector de Sajonia, Juan Jorge (1611-1656), ferviente luterano, era adicto á los Habsburgo por interés, por lealtad y por odio á los calvinistas; había ayudado á Fernando II contra los bohemios y como indemnización de sus gastos de guerra había obtenido la Lusacia.

Apoyado de esta suerte por todos los católicos y por una parte de los protestantes, el Elector había vencido fácilmente á sus enemigos. Un magnate tcheque, llamado Naldstein, le había proporcionado un ejército, ofreciendo como sueldo á todos los que quisieran alistarse el botín y las contribuciones de guerra; aquellas tropas, formadas de reclutas de todos los países y mandadas por jefes alemanes, italianos y tcheques, eran, por lo abigarradas é indisciplinadas, muy distintas de los contingentes de la Liga Católica que mandaba Tilly, y aumentadas sin cesar por la tentación del pillaje, por el cebo de las aventuras y por la miseria de los campos, pasaban de cien mil hombres. El grueso de estas fuerzas estaba acantonado en los Estados de la Alemania del Norte, aliados de Cristián IV, y sitiaba en el Báltico la ciudad libre de Stralsund; una parte de ellas había ido á socorrer al rey de Polonia, Segismundo III, que estaba en guerra con los ingleses; otra había penetrado en Italia, y otra había avanzado hasta Lorena y acechaba los Tres Obispos. Aquel ejército recau-

daba contribuciones de los protestantes y de los católicos indistintamente y vivía sobre el país. Gracias á Waldstein, el emperador podía prescindir del ejército de Tilly.

Fernando II, en los primeros años de su reinado, sólo había pensado en defenderse, pero con las victorias nacieron en él las ambiciones y á la semianarquía de los 300 Estados casi soberanos, de Dietas generales y Electorales, que dictaban la ley al emperador, de diez círculos, que en vez de mantener el orden proporcionaban elementos á la guerra civil, y de una Cámara imperial que, administrando justicia en nombre del Imperio, nada podía contra los príncipes poderosos, quiso substituir una autoridad imperial más fuerte y la jurisdicción de su Consejo áulico. Consagraba su poder á la Iglesia, pues era voluptuosamente piadoso y, aunque justo y humano, beatamente fanático, casi rayano en intolerante. Administrador fiel y esposo irreprochable, tenía esa bondad que en los Habsburgo de Austria va unida tan á menudo á una política implacable. Era el hombre de los frailes y de los sacerdotes, iba detrás de las procesiones con la cabeza descubierta y una antorcha en la mano y acompañaba al Santísimo Sacramento hasta las viviendas de los enfermos. Tenía un Consejo de conciencia que decidía lo que era justo é injusto, aun en materias políticas; sentía una predilección especial por los jesuitas, y sus consejeros, ardientes católicos, procuraban simultáneamente la restauración del catolicismo y la extensión del poder imperial.

Estos consejeros prepararon contra el protestantismo alemán la gran medida recomendada por los Electores católicos y por el nuncio del papa, Carafa. Las guerras religiosas habían terminado en Alemania con la paz de Augsburgo (25 de septiembre de 1555) que dejaba á los protestantes los conventos, los obispos y las abadías de que se habían apoderado antes de 1552, pero prohibiéndoles toda nueva secularización para lo sucesivo. Esto no obstante, los luteranos y aun los calvinistas, cuya confesión no tenía existencia legal, continuaron apropiándose de las tierras de la Iglesia. Algunos miembros de familias reinantes pertenecientes al protestantismo, se entronizaban á título de administradores en los obispos y arzobispos y disfrutaban de sus rentas; por este medio, sólo en la Alta y en la Baja Sajonia habían los protestantes arrebatado á los católicos dos arzobispos, Magdeburgo y Bremen; doce obispos, Minden, Halberstadt, Verden, Lubeck, Ratzeburgo, Meissen, Merseburgo, Naumburgo, Brandeburgo, Havelberg, Lebus y Camin, y más de ciento veinte abadías. El Edicto imperial de 6 de marzo de 1629 ordenó la restitución de todos los beneficios arrebatados á la Iglesia católica desde 1552, encargándose el cumplimiento del Edicto á varios comisarios imperiales, ayudados por los ejércitos de Waldstein y de Tilly.

El duque de Wurtemberg, el duque de Holstein-Gottorp, arzobispo de Bremen, un Brunswick, obispo de Luneburgo, el Elector de Brandeburgo, el Elector de Sajonia y muchos otros príncipes y ciudades imperiales fueron desposeídos ó molestados; el Elector de Sajonia, á quien el emperador consintió en dejar los tres obispos de Meissen, Merseburgo y Naumburgo, perdió el arzobispado de Magdeburgo cuyo cabildo pro-

testante acababa de elegir administrador del mismo á su hijo menor, Augusto; y muchas familias que por compra, donación, matrimonio ó herencia habían entrado en posesión de bienes eclesiásticos se vieron obligadas á restituirlos. El emperador no olvidó á los suyos al hacer el reparto de los despojos; así á su hijo Leopoldo lo nombró obispo de Halberstadt, le dió, además, el obispado de Magdeburgo, y aun le destinaba el arzobispado de Bremen; de este modo, por medio de una línea casi no interrumpida de principados eclesiásticos, la casa de Austria cortaría la Alemania de Sur á Norte, como la atravesaba ya de Este á Oeste, con sus posesiones á lo largo del Danubio, desde Viena á la Alsacia, y la bloqueaba al Mediodía con su masa compacta de la Estiria y del Tirolo.

Waldstein no se contentó con ocupar el territorio del arzobispado de Magdeburgo, sino que, además, quiso instalar una guarnición en la ciudad. No trataba á los católicos mejor que á los protestantes, pues, según él mismo decía, era menester reducir á los Electores á la condición de los grandes de España y hacer de los príncipes eclesiásticos los capellanes del emperador.

A Maximiliano de Baviera le irritaban los actos de Waldstein y le alarmaban los proyectos de Fernando II. Era, dentro del bando de los católicos, el gran hombre de la guerra de Treinta años; católico, alemán, bávaro, adicto á la Iglesia, al imperio, á su país y á su familia, tratará de conciliar, mediante procedimientos diplomáticos muy astutos, su deber, sus pasiones y su interés. Para tener, en caso necesario, un apoyo contra la casa de Austria, no abandonaba sus relaciones con Francia.

Richelieu, inmediatamente después de su advenimiento al poder, había enviado secretamente á Fancán para ofrecerle un arreglo de sus cuestiones con el palatino y con Inglaterra, á condición de que Baviera y la Liga católica no prestarían auxilio alguno á los españoles. Fancán debía hacerle entender también que la intención del rey era elevar la jerarquía de su persona y de su familia (diciembre de 1625). Maximiliano acogió muy mal aquellas proposiciones transmitidas por un libelista galicano en nombre de un gobierno que atacaba al papa en la Valtelina; mejor recibimiento dispensó á Marcheville, aunque sin querer comprometerse. Richelieu quería reconciliar á los católicos y á los protestantes de Alemania contra la casa de Austria; Maximiliano, á su vez, deseaba arruinar á los protestantes con ayuda de las potencias católicas, y si pensaba en «acantonar» á la casa de Austria, apreciaba de muy distinto modo que Richelieu el papel de un tercer partido católico alemán.

De los Capuchinos salieron algunos de los hombres que con más celo procuraron la formación de una liga católica destinada á la vez á combatir á los protestantes en Alemania y á encerrar á la casa de Austria dentro de sus límites. Aquellos políticos encapuchados eran naturalmente mucho más violentos contra los herejes que contra el emperador; pero de todos modos parece que algunos de ellos pensaron que el catolicismo podría resultar perjudicado de una alianza demasiado estrecha con los Habsburgo. Varios capuchinos, como el P. Jacinto de Casal, el P. Valeriano Magni y el P. Alejandro de Alais, fueron y vinieron de Munich á París. Por

otra parte, la Orden estaba representada hasta en la intimidad de Richelieu por el P. José.

Los Capuchinos estaban apoyados por el papa Urbano VIII (un florentino de la casa de los Barberini), el cual, indignado en un principio por la irreverencia de Richelieu en la cuestión de la Valtelina, se había vuelto contra España y el emperador cuando los imperiales aparecieron al otro lado de los Alpes y amenazaron, al parecer, la independencia de la Santa Sede y de Italia. El papa no se atrevía á romper abiertamente, y mientras por un lado entretenía al embajador de España con buenas palabras, por otro iba á jactarse ante el embajador de Francia de haber empleado un lenguaje enérgico. Pero de todos modos no dejó de crear dificultades á los Habsburgo, negándose, por ejemplo, á condenar las alianzas protestantes de Francia. De esta suerte cesó el acuerdo que durante el pontificado de Gregorio XV había unido al papado y á las grandes potencias católicas contra los herejes. En el momento en que Fernando parecía encontrarse en situación tan sólida, hallábase minado por la defección del papa y por los resentimientos de sus aliados.

III.—Holanda y Suecia

Surgían nuevos adversarios. Carlos I no representaba ningún papel en Europa desde su ruptura con el Parlamento (1630) y su ensayo de gobierno personal; pero la causa protestante encontró otros defensores. Holanda, después de dos años de vacilaciones, había renovado su alianza con Francia (17 de junio de 1630) y consentido en no tratar ni de paz ni de tregua con los enemigos comunes, sin el asentimiento de Luis XIII. Este tratado obligaba á los españoles á defenderse en los Países Bajos, en vez de intervenir eficazmente en el imperio.

Entonces entra también en escena Gustavo Adolfo, rey de Suecia, hijo y sucesor de Carlos de Sudermania, aquel Wasa luterano que había hecho deponer, por ser católico, á su sobrino Segismundo Wasa, y se había hecho elegir en su lugar rey de Suecia con el nombre de Carlos IX. Gustavo Adolfo, rey á los diez y seis años (1611), no había dejado de guerrear contra los rusos y los polacos para anexionarse, después de la Esthonia, conquistada en 1595 por su padre, las demás provincias Bálticas, y en 1617 se había hecho ceder la Ingria por el zar Miguel Romanof y había cerrado á los rusos las inmediaciones del mar.

Con su primo Segismundo Wasa, rey electo de Polonia y rey destronado de Suecia, sostenía un doble litigio, pues Segismundo quería la corona de Suecia y él las provincias marítimas, desde la Ingria á la Pomerania, á saber, la Livonia, la Curlandia y la Prusia real, que pertenecían á Polonia, y acaso también la Prusia ducal, que era un feudo polaco devuelto á los Electores de Brandeburgo. Gustavo Adolfo se apoderó de la Livonia y de Mittau, capital de la Curlandia, y acantonó sus tropas en la Prusia ducal; pero mientras esta guerra le tenía alejado de Alemania, Waldstein, creado duque de Mecklenburgo y almirante del mar Océano y Báltico, organizaba una flota y ponía sitio á Stralsund (mayo-julio de 1628), en donde se proponía establecer el gran puerto militar del imperio. Gustavo Adolfo, temeroso, y con razón, de que la marina de los Habsburgo,

heredera de la Hansa, dominara en aquel mar del cual él quería hacer un lago sueco, envió socorros á Stralsund; pero estaba resuelto á no intervenir por sí mismo mientras no estuviesen aseguradas sus conquistas en las provincias bálticas. Francia le libertó de la guerra polaca.

Un hidalgo, Hércules Girard, barón de Charnacé, que había viajado por Rusia y por Polonia y había visto á Gustavo Adolfo en acción, tuvo ocasión, en el sitio de la Rochela, de hablar á Richelieu de aquel «nuevo sol saliente que, habiendo guerreado con todos sus vecinos, les había quitado varias provincias.» El cardenal pensó entonces en ofrecerle el papel que tan mal había desempeñado Cristián IV, y á fin de atraerlo á Alemania, envió á Charnacé para que lo reconciliara con Segismundo III. Varias dificultades de etiqueta, hijas de la poca ductilidad del canciller sueco Oxenstiern, de quien tan orgulloso estaba el rey de Suecia, prolongaron las negociaciones; pero al fin, en 26 de septiembre de 1629, concertóse en Altmark una tregua de seis años (1629-1635) que dejaba á los suecos toda la Livonia y varias plazas de Prusia, pero les obligaba á restituir Mittau.

«En todo el tratado, el rey de Suecia dió pruebas de gran valor... dando á comprender que le eran indiferentes la guerra y la paz.» En realidad, Alemania le atraía, pues no era insensible á la opresión y á las quejas de los protestantes alemanes; además estaba convencido de que «después de sojuzgado el Danés, no les quedaba á las águilas imperiales otro que él á quien atacar; y de que no tenía más remedio que esperarlas en la ciudad de Estocolmo, á no ser que se les anticipara mientras perseguían alguna presa en Italia.» Sus recursos eran pequeños en comparación con los de la casa de Austria, pero «estando á su lado una parte de los príncipes y Estados de Alemania,» «haría la guerra á los alemanes con los alemanes mismos.» Charnacé, que se le juntó en Upsal en 21 de noviembre de 1629, no pudo decidirse á enviar una embajada á Luis XIII para darle las gracias por su mediación y tratar de una alianza. Gustavo Adolfo se resistía á solicitar subsidios y creía á la diplomacia francesa muy capaz de desentenderse de él muy cortésmente cuando tuviera ocasión de tratar ventajosamente con el emperador; y en una carta que entregó á Charnacé para Luis XIII, se guardó bien de «hacer ver que hubiese sido el primero en hablar de alianza con Francia ni en deseársela.»

Charnacé recibió en Dinamarca (22 de enero de 1630) un despacho de Luis XIII, fechado el 24 de diciembre, que le ordenaba ofrecer á Gustavo Adolfo un subsidio anual de 600.000 libras, con obligación, por parte del rey de Suecia, de mantener la libertad de los príncipes y de las ciudades alemanas, de obligar al rey de España á retirar sus tropas de Alemania, y de exigir la demolición de todas las fortalezas construídas en la Alta y en la Baja Alemania y en los territorios de los grisonos. Además, el rey de Suecia se comprometería á no molestar á los miembros de la Liga católica alemana «en nada que legítimamente le perteneciese,» á no perturbar á Baviera en la posesión de su electorado, á no suprimir el ejercicio de la religión católica en las ciudades en donde estaba establecido y aun á permitirlo en aquellas en donde antes no existía.

Esto era tratar al rey de Suecia como servidor de Francia. Gustavo, sin embargo, no quería ni romper con el rey de España, «por la ventaja que sus súbditos (suecos) obtenían del comercio de sus Estados,» ni reñir con Inglaterra prometiendo mantener al Elector de Baviera en su Electorado, ni enajenarse las simpatías de los protestantes favoreciendo el catolicismo. Richelieu pretendía aprovecharse de las alianzas protestantes sin perjudicar la causa católica y emplear á Gustavo Adolfo únicamente contra la casa de Austria. El esfuerzo de la diplomacia francesa para armonizar la política y la religión divertía al rey de Suecia, y al fin las negociaciones no dieron ningún resultado.

Gustavo Adolfo, que estaba tan decidido á guerrear como á no concertar ninguna alianza desigual, había enviado nuevas tropas á Stralsund y hecho ocupar la isla de Rugen (marzo de 1630); y en 4 de julio desembarcó en Peenemunde, en la isla de Usedom, en la costa de Pomerania. Aun sin tratado alguno, Francia y Suecia estaban interesadas en ayudarse mutuamente.

IV.—Francia en la Dieta de Ratisbona

El emperador había convocado á los Electores del Imperio en Ratisbona, para el mes de junio, con la esperanza de lograr que eligieran rey de los romanos á su hijo Fernando; pero los Electores tenían muy distintas preocupaciones y se quejaban de los excesos cometidos por las tropas imperiales en los Estados del Imperio, católicos ó protestantes. Waldstein no cesaba de hacer nuevos reclutamientos, pues quería tener 150.000 hombres de los cuales emplearía 50.000 en Italia. Los príncipes católicos se preguntaban qué plan meditaba el emperador ó su general contra «la libertad germánica,» y resolvieron permanecer armados á pesar de haberse firmado la paz con Dinamarca. Más irritados aún estaban los protestantes, empobrecidos por el Edicto de restitución. Brandeburgo, que se encontraba bajo el poder de Waldstein, no se atrevía á quejarse en alta voz; pero Sajonia, algo más á cubierto, reclamaba la derogación del Edicto, y su Elector, sin romper con el emperador abiertamente, recibía la visita de Charnacé y contestaba á una carta en que Gustavo Adolfo le exponía sus agravios contra Fernando II.

El emperador hizo su entrada en Ratisbona el 19 de junio, acompañado de su hijo Fernando, rey de Hungría y de Bohemia, y de una corte brillante. Los Electores eclesiásticos, Anselmo Casimiro de Ulmstadt, arzobispo de Maguncia (1629-1647), Fernando de Baviera, arzobispo de Colonia (1612-1650) y obispo de Lieja, Felipe Cristóbal de Söthern, arzobispo de Tréveris (1623-1652), y el Elector de Baviera habían acudido personalmente; Brandeburgo y Sajonia, para demostrar su descontento, se habían hecho representar; la mayoría de los Estados católicos é Inglaterra habían enviado embajadores. El emperador propuso á los Electores, en 3 de julio, que se estudiara una reorganización del ejército y la creación de contribuciones regulares; preguntó por qué medios serían los holandeses arrojados de los territorios del Imperio y cómo se arreglarían los asuntos de Mantua, y nada dijo de la elección del rey de los romanos.

Los Electores le rogaron que destituyera á Walde-